

PROUST RECOBRADO

José Joaquín Blanco

*Chez cette race nouvelle
où j'aurai quelque crédit
vous ne passerez pour belle
qu'autant que je l'aurai dit.*

Corneille

LA BELLE EPOQUE O LOS TIEMPOS DE MIS AMORES

Como solía sucederme frecuentemente cuando era niño, la lengua me sabe a leche rápidamente bebida y, además, la aguja del tocadiscos, que sigue girando con impertinencia en el círculo seseante de un disco acabado, me recuerda el espacio vacío de la frase de Vinteuil. La ausencia de la voz, su paréntesis condenatorio: la sospecha de una realidad presente que huye de las manifestaciones fotogénicas. Y pienso en la mala ternura de Marcel Proust, pero también en su austeridad rigurosa, a pesar del mundo de los Guermantes, en su benevolencia casual y, sobretudo, en su ejercicio empecinado de un desdén muy curioso; recuerdo su circunstancia mesiánica de juez en la balanza definitiva: jugando cruelmente con una época sensible que, como la marquesa amada por Corneille, estaba sometida de tal modo al tiempo, era tan frágil y tan efímera, dispuesta a evaporarse al menor ademán de abrazo, que sólo cuajará en existencia —y en belleza— por las palabras de Marcel Proust.

¿Porque a qué otra cosa, si no precisamente a ésa, se dedicó Proust? Más que embalsamador o guillotiner del tiempo, como a menudo lo llaman sus grandes comentaristas, fue el cronista infiel —el Narrador por excelencia— de una época que sólo puede verse a través del humor, de la suspicacia, de la mentira, de la invención entre malévola y cariñosa de los hechos: no una realidad, no un retrato menos expuesto a los estragos del movimiento existencial, no una estampa de la Berma, ni siquiera la oración de un mundo vuelto a crear, sino un caleidoscopio conscientemente edificado, matemáticamente distribuido en estructuras (el mismo Proust consideraba a su obra como una catedral antigua, quizás gótica), alterado adrede y muy corregido y con muchos borrones, añadidos y enmendaduras, es lo que debe verse en las incidencias —que comienzan y terminan con el *Tiempo*— de la relación o sinfonía, como dice Juan Manuel Molina, que sea acaso *En busca del tiempo perdido*. Porque a pesar de su concisa ubicación histórica (desmentida en parte por el pasado romántico que encarnan los Guermantes) y geográfica (haciendo a un lado la invención de Combray y el magnetismo de Venecia), a pesar de que muchas personas contemporáneas al autor se sintieron aludidas y hasta calcadas, el tiempo, el espacio y los personajes de Proust no usan de

las coordenadas cartesianas sino como pretexto, como introducción protocolaria, como exigencia casi pedagógica, que son imprescindibles para dar cohesión a la estructura de un mundo que nunca fue, por lo menos al pie de la letra, como Proust lo pinta.

En una bellísima confesión, Rosario Castellanos considera que para el verdadero escritor (por lo menos para ella) la vida no adquiere convicción sin la escritura: “Comparto la opinión de los antiguos, dice, en el sentido de que vivir no es necesario. Pero ya que se vive, por lo menos habrá que superar esa contingencia escribiendo. Así yo, a semejanza de la protagonista de la última de mis novelas —*Rito de iniciación*— no doy por vivido sino lo redactado.” Y si sólo ha de darse por vivido lo redactado cabe suponer una estratagema, una prestidigitación alevosa, al servicio de la sensibilidad del escritor. No hay recurso más convincente para vivir como uno quisiera haber vivido, como uno quisiera estar viviendo, que la literatura. El viejo truco de los cuentos sigue en pie, con la misma fortaleza, con la misma eficacia que tuvo en los tiempos del mito. El escritor burgués y rutinario escribirá libros de aventuras; el impotente, frustrado o insatisfecho sexual redactará bellísimas pornografías. Proust, austeramente, hablará con sencillez, con calma, con tolerancia cuando sabemos, por testimonios unánimes de sus contemporáneos, que fue en realidad todo lo contrario.

Y al calor de la vejez retomará sus notas, sus recuerdos, sus deseos antiguos y narrará la crónica que quisiera haber vivido: una crónica en la que Proust dará a sus lectores varios lentes para que cada quien escoja aquel que le prometa mejor perspectiva. A través de los años el Narrador ha repasado intermitentemente, como un rumiante descuidado a propósito, sus recuerdos: los ha ido modificando, muchas veces consciente de ello, y gracias a esas mentiras se pueden observar esos contrastes aguzados, de otra manera inexplicables, que son uno de los mayores aciertos artísticos de su obra: la ternura infantil que a veces se convierte en posesión desesperada, los titubeos del corazón, el enigma de los celos.

Y un afán de embellecer lo que Dios creó y que, en la profesión de sublime ignorancia que campea en las primeras páginas del *Génesis*, ha visto y llamado bueno. Los espectáculos de la primera Berma, de la Dama de Rosa (muy emparentado, éste, con la atmósfera de *Belle Epoque* que tenía la representación racineana), el sabor del té y de los bizcochos, el color y la forma majestuosos de los vestidos, cortinas, muebles y paisajes que, sin embargo, no hacen desmerecer la elegancia campesina de la vieja iglesia de Combray, de los primeros recuerdos del Vivonne.

Porque detrás de toda forma, de todo gusto, de toda combinación de matices, se esconde una sensibilidad famélica, una necesidad de abrazarse con la fuerza del musgo a las cosas que la rodean. Una sensibilidad casi sin verdaderas preferencias, perspicaz, que a todo le halla sabor y, cuando no lo tiene, se lo inventa. El niño que corría por los caminos de Combray, que se anticipaba en Charles Swann, que desde siempre disfrutó de todas las cosas: que hasta la sola pronunciación de una palabra podía convertir en la sinfonía callejera que más tarde haría real, al redactarla, cuando tal vez su ventana persistiera en un silencio malhumorado.

Que una persona sometida al asma y al secreto, también a los convencionalismos de una época burguesa y, sobretodo, a la cariñosa pero rígida austeridad de su familia, una persona así, tenía que inventarse su mundo.

Así lo hacen pensar, por lo menos, los cuatro personajes en que se reparte Marcel Proust en sus novelas: Swann, Saint-Loup, Marcel, M. de Charlus. Todos ellos, que tienen en común la terquedad, la negación de las apariencias —incluso creando nuevas apariencias que sustituyan a las “reales”—, coinci-

den o se relevan en la lucha: en esa lucha que necesita un tiempo perdido para que sea posible la hazaña de recobrarlo.

*como el de esas eléctricas palabras
—nunca aprehendidas,
siempre nuestras—
que eluden el amor de la memoria,
que a cada instante nos sonríen
desde sus claros huecos
en nuestras propias frases despobladas.*

José Gorostiza

LA REALIDAD DE LOS VACIOS O ERANSE LOS ENAMORADOS

La continuidad de los salones, de las modas, de los lenguajes, de los encuentros, tanto en el seudoprotagonista como en sus reflejos, se ve suspendida por un hito que salva a todas las descripciones, algunas demasiado cargadas, y las hace marchar, les da vida y, siempre, un sentido fundamental. Esa es la función del follaje principios-de-siglo que a muchos lectores, demasiado exigentes por cortos de vista, les ha cansado. La realidad del mundo está, para Proust, en los detalles, en las menudencias, a tal grado de insistir e investigar exhaustivamente sobre los detalles de una zapatilla o de un giro especial del lenguaje. Difícilmente se podrá recordar a Bloch sin su retórica homérica, a Norpois sin su jerigonza diplomática, a Cottard sin sus frases hechas, a Odette de Crécy sin su primer mobiliario casi japonés y sin sus posteriores atuendos. Los rizos de Gilberte, su fresca y desenfadada conducta, son el verdadero tema de los juegos en los Campos Elíseos y, probablemente, de toda *A la sombra de las muchachas en flor*. André Maurois cuenta que en repetidas ocasiones Proust llegaba a casa de sus amigos, en plena madrugada, para informarse de cómo era el vestido que una muchacha había llevado a una recepción tres años antes. Y es que esa realidad del mundo, necesariamente trunca, esa estructura escenográfica de las personas y cosas que lo rodeaban, tenían una misión de cáscara, de piel protectora de un vacío, como las figuras y los colores de Elstir o como la misma frase de Vinteuil que él, al describirla, tiene que ponerle los vestidos necesarios:

La frase empezaba por un sostenido de trémolos en el violín, que duraban unos cuantos compases y ocupaban el primer término hasta que, de pronto, parecía que se apartaban y, como en un cuadro de Pieter de Hooch, donde la perspectiva se ahonda a lo lejos por el marco de una puerta abierta, allá en el fondo, con color distinto y a través de la aterciopelada suavidad de una luz intermedia, aparecía la frase, bailarina, pastoril, intercalada, episódica, como cosa de un mundo distinto. Pasaba, sembrando por todas partes los dones de su gracia. Los pliegues de su túnica eran sencillos e inmortales. Llevaba, en los labios, la misma sonrisa de siempre. . .

. . .Y (Swann) lamentaba que tuviera una significación y una belleza intrínseca, extraña a ellos, lo mismo que sentimos que el agua de una gema que regalamos o las palabras de una carta a la mujer amada, sean algo más que la esencia de un amor fugaz o de un ser determinado.

Porque Proust no habla del amor, ni de los celos, ni de las cosas hermosas de su época, ni siquiera de la gente (a pesar de haber creado personajes vitales como Françoise, como Odette de Crécy, como Charlus, como Bergotte y, sobretodo, como la abuela): habla de sí mismo, sin pedantería, sin reducir a conceptos gastados su persona, hecha de olores, texturas, colores y también de frustración y sufrimiento. El vacío en Proust, más que en su obra, es la ausencia del amor, misma que llevará, rumbo a aspectos diferentes, a Saint

-Loup, a Swann, a Charlus, reunidos los tres en el Marcel de *La prisionera* y, luego, víctimas casi simultáneas del vacío.

Y esta situación, que se explica en parte por la vida homosexual de Proust dentro de un hogar sano y burgués, que él amaba muy sinceramente, ya subrayada luego por la obsesión, por las repetidas experiencias dolorosas, nacerá, como el tiempo, desde la primera frase de *Por el camino de Swann*, adquirirá con la lectura altos grados de patetismo y de humor, hasta desmoronarse con M. de Charlus en *El tiempo recobrado* y, finalmente, desaparecer con la última palabra —Tiempo— que cierra la obra.

Ese vacío, la frase de Vinteuil, encarnado en el intérprete favorito, Morel, derrumbará a todos los personajes que se van pasando, conforme transcurre la obra, la esencia del Narrador. Seducirá a Charlus, lo humillará, lo herirá hasta en las fibras más escondidas y, asimismo, le pondrá a Saint-Loup la máscara que le corresponde. Solamente Swann, por representar de algún modo la infancia y el hogar de Proust, escapará de su influencia para sufrir otra de las facetas del vacío: el amor imposible, que cuando se alcanza se niega, que se tiene que ir evitando en sucesivas aventuras hasta fundirse con él en la muerte.

Y además de la ausencia del amor, el vacío representa el ser disgregado, el Marcel Proust que anda rodando por los tiempos viejos de Combray, de Balbec, de París. Ese Marcel Proust que tienen los muebles de los Guermantes y de los Verdurin, escondido en la infausta descendencia de la Crécy, en los ramajes verbales de Norpois, en las viejas novelas de Bergotte. Ese Proust de calendario y santoral, de viajes y monotonías, de teléfono y automóvil, de la desesperación en el santuario de Jupién.

Y todas las cosas y las descripciones, todos los vestidos, los edificios, los recuerdos, las imágenes perdidas, los futuros postergados, los deseos antiguos y persistentes se instalan allí, en el hito, en el viejo paréntesis, que Proust se dedica a recobrar, a inventar de nuevo. Porque si a un Proust destruyó el tiempo a otro Proust hizo nacer el empeño.

*como un puño se cierra, como un fruto
que madura hacia dentro de sí mismo
y a sí mismo se bebe y se derrama
el instante traslúcido se cierra
y madura hacia dentro, echa raíces,
crece dentro de mí, me ocupa todo,
me expulsa su follaje delirante,
mis pensamientos sólo son sus pájaros,
su mercurio circula por mis venas,
árbol mental, frutos sabor de tiempo,*

Octavio Paz

LA INVENCION DE UNO MISMO O YA TE CACHE, VIEJO EMBUSTERO

Después de la macabra “Recepción en casa de la Princesa de Guermantes” Proust inicia, ayudado por sus cuadernos de notas, la aventura contra el tiempo, la construcción de su historia, la recuperación de su ser disgregado, disminuido y ultrajado por el tiempo. La realidad misma lo empuja a la empresa, cada sabor le recuerda cosas, las losetas mal aparejadas de una calle le han obligado a recoger su vida, reacuñándola, por medio del arte. Viejo ya, luchando contra la enfermedad, siente que sus días se van estrechando y su obra exige cada vez mayor amplitud. Tal vez la muerte le juegue la broma pesada de impedirle que la termine:

Ya no sentía mi indiferencia ante los regresos de Rivebelle; me sentía aumentado por esta obra que llevaba en mí (como algo precioso y frágil que me hubiera sido confiado y que hubiera querido entregar intacto a las manos a que estaba destinado y que no eran las mías), y decir que dentro de poco, cuando volviera a mi casa, bastaría un choque accidental para que mi cuerpo fuera destruido y para que mi espíritu, del que la vida se retiraría, se viese obligado a soltar para siempre las ideas que en ese momento contenía, protegía ansiosamente con su pulpa estremecida y que no había tenido tiempo de poner a buen recaudo en un libro. Ahora, al sentirme portador de una obra, hacía para mí un accidente, en el que hubiera encontrado la muerte, más temible (en la medida en que esta obra me parecía necesaria y duradera) absurdo, . . .Lo que tenía que escribir, más largo y a más de una persona, era algo distinto de los adioses de un moribundo a su mujer. Largo de escribir. Durante el día, todo lo más, podría intentar dormir. Si trabajaba lo haría únicamente por la noche. Pero necesitaba muchas noches; quizá cien, quizá mil. Y vivía en la ansiedad de no saber si el amo de mi destino, menos indulgente que el sultán Sheriar, cuando interrumpiese mi narración por la mañana, desearía postergar mi condena a muerte y me permitiría reanudarla la próxima noche.

Porque el tiempo es materia y el hombre es tiempo, porque Marcel Proust no se lanzó quijotesicamente contra los relojes y sí contra sí mismo, pudo vencer a la propia muerte y concluir su vida después de terminada su historia y, además, héroe al fin y al cabo, dejarnos su mundo para vivirlo, para inventarlo de nuevo ya que, según dice él mismo, nadie lee a otro autor sino que se lee a sí mismo en los libros. Por eso Proust, no el ciudadano francés que deslumbró con su ingenio a los salones sino el inventor de *En busca del tiempo perdido*, tiene importancia: no nos dejó personajes, ni hechos, ni filosofías, nos dejó sencillamente su mundo y su victoria personal contra el tiempo. En toda la historia y en toda la literatura no existe mejor ejemplo que él en la lucha unamuniana contra la muerte. Es el único hombre recobrado, que domó e hizo humillarse al tiempo, que dejó su historia —no la que vivió cronológicamente sino la que quiso contar— y sus volúmenes son como la cámara metafísica de Bioy Casares, que se repite después de muerta, que tiene mayor vida que la realidad al grado que el lector —que vive en el mundo de todos los días— quisiera ingresar en el relato y, de este modo, participar de la victoria, del nuevo tiempo.

